

Un libro marrón y muy antiguo

En un soleado día de verano, un grupo de niños jugaba en el Campo de San Francisco, ajenos a la extraordinaria aventura que les aguardaba. Allí, escondido tras un árbol, hallaron un libro antiguo, con polvo y supuestamente, olvidado. El objeto era de color marrón oscuro, de tamaño mediano y no tenía título.

Uno de los niños lo agarró con valentía, lo abrió por la primera página y comenzó a leer en alto: *“21 de agosto de 1876. Soy un viajero del tiempo. Ahora estoy en el Campo de San Francisco (Oviedo), apoyado en un árbol escribiendo esto. Si mi predicción es correcta, esta tarde, cientos de plantas se despegarán del suelo de estas instalaciones y acecharán nuestras tierras con objetivos un tanto dominantes. ¡Sálvese quien pueda!”*

—¿Qué quiere decir con eso? —Intervino uno de los niños (Juan, que era moreno de ojos azules), que miraba el libro con curiosidad y desconfianza a la vez.

—¡Corred! —Exclamó, de repente, Marta, y el resto de los niños la siguió hasta un árbol que era más grueso, más alto e, incluso, más robusto que el anterior. Cuando recuperaron el aliento, María, que era más baja que el resto, con pecas en las mejillas, ojos almendrados y una sonrisa encantadora cuando la poseía, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora? —La niña miró a sus amigos, que tampoco tenían ni idea de qué hacer. Después de unos segundos, un niño llamado Martín, que tenía un cabello lacio y rubio, con ojos azules, propuso que se escondiesen en algún lugar. Ahora debían de pensar un sitio en el que esconderse. Como no se les ocurría nada, optaron por la fuente que se encontraba a unos metros frente a ellos. Esta fuente se llamaba *“Fuente de Neptuno”*, la cuál era bonita y elegante de todas las maneras. Al ser pleno verano, en especial un caluroso día de agosto, la fuente estaba llena de agua fresca y limpia. Los niños se apresuraron a refugiarse tras de esta, agachándose algunos y sentándose otros. Marta, que anteriormente había tenido la idea de correr sin rumbo alguno, era una niña de diez años, con ojos y pelo castaños, que vestía un vestido turquesa con volantes amarillos; de manera repentina, se levantó, quedando así a la vista de las *“plantas con objetivos un tanto dominantes”*.

—¿Qué estás haciendo Marta? — Se sobresaltó María, que la miró de una forma exageradamente dramática y a la vez sorprendida.

—Si queremos que las plantas no dominen Oviedo, Asturias o incluso el mundo entero, debemos de contraatacar. No nos podemos quedar de brazos cruzados sin hacer ninguna cosa para impedirlo. —Dijo la niña, (que tenía un gran talento para replantearse las cosas al instante) mirando hacia sus alrededores, en busca de posible peligro. Después de aquella significativa explicación sobre sus anteriores acciones, se volvió a sentar junto al resto y empezó, de nuevo, a hablar:

—Lo mejor es que leamos nuevamente el interior del libro a ver si dice algo más. —Juan, que sostenía el objeto en sus manos, lo abrió por la segunda página y prosiguió con la lectura: *“22 de agosto de 1876. Hoy ha pasado un día después de la predicción tan terrible que ayer atormentaba a mi cabeza. Por lo visto esto es solo el principio de esta horripilante tragedia. Todo el mundo está hablando sobre esto, se ha vuelto la noticia con más importancia e influencia mundial en el menor*

tiempo posible. Nadie sabe qué será de este lugar y sus instalaciones, o peor aún de sus turistas. Lo peor es que anteaer plantaron cincuenta árboles más, que van en continuo crecimiento. Estamos acabados.” Los niños, estupefactos, se miraron los unos a los otros, sin dar crédito a lo que habían leído. “¿Será verdad?” Ese era el único pensamiento que dominaba las mentes de los protagonistas.

—Mejor nos quedamos escondidos un rato más, me da miedo enfrentarme a tantas plantas, porque estamos rodeados de ellas— dijo Martín, y se encogió de hombros, esperando a que el resto del grupo diese por hecho que su idea era la más conveniente. Al final, todos acabaron pensando igual que el niño, que divisó a un señor que se acercaba a ellos.

—Hola muchachos, ¿por casualidad no habréis visto o encontrado un libro marrón, con tan solo dos páginas escritas y de un tamaño mediano; sin título? —El señor aparentaba ser amable, además de los arrugados hoyuelos que se le formaban constantemente en la cara cuando sonreía generosamente.

—¿Será este el libro, señor? — Le preguntó Juan, mientras que le extendía el libro para que el anciano lo comprobara.

—Sí, es este, muchas gracias por haberlo encontrado. Ah, se me olvidaba una cosa: lo que habéis leído es ficción, nada es real. Son solo los borradores de mi próxima novela.